

era un hombre inteligente, tendría éxito en la vida. Un criterio cierto y una cultura hecha sólidamente a fuerza de muchas horas de estudio, le situaban en un plano de superioridad a todos los demás que ella trataba. Escribía con elegancia de estilo, y cuando hablaba, cualquier tema tratado por él adquiría una altura que forzosamente había que reconocer. Y sin embargo, Carmen sufría cuando le veía al arrojar la ceniza de su cigarrillo y el mismo fin del cigarrillo en el suelo.

De aquel pitillo que él se fabricaba con sus dedos y un papel, y que tenía todo el aire tosco del tabaco fumado por un campesino.

Pasaba revista a estas cosas de Jaime y le veía no haciendo el uso debido del cuchillo y el tenedor. Sorbiendo con ruido su "consomé", y, sobre todo, lo veía en la noche pasada, balbuciente y azorado, al tener que hacer una presentación de dos personas, en la que dijo palabras que sólo de cursi se podían calificar.

Y sin embargo, Jaime tenía virtudes y cualidades, plástica y talento, juventud y facha, que bien podía hacer olvidar sus distracciones y descuidos tan comunes a las personas que no frecuentan una determinada sociedad.

Le recordaba en los conciertos, cuando él emitía su juicio certero sobre la interpretación de la obra que acababa de escuchar y el valor que en la Historia de la Música, ésta representaba. Nunca olvidaría aquella mañana en el Museo del Prado—no sabía cuántas horas—, frente a la obra del pintor imperial don Diego Velázquez, cuando Jaime hablaba con su voz pastosa y agradable de la pintura, de la estética, del genio sevillano y lo incrustaba en la Historia de España, negando que el momento velazqueño fuera un instante de decadencia para nuestra Patria, cuando producía al más grande de los pintores que han existido.

Fué aquella mañana cuando comprendió la exacta significación de Jerónimo Bosco metiendo en el lienzo un nuevo sentido del humor con recta intención hacia la Naturaleza—separándose del camino trazado por sus antecesores y paisanos todavía en el idealismo—, con una gracia, deliciosa de pies ligeros y descalzos sobre las cosas de la tierra, fino pícaro y pintor exquisito.

Otros nombres se unían al recuerdo de la voz de Jaime: Mantegna, Patinir...

Mucho debía en su formación a este hombre, del que pretendía separarse. Por su mente desfilaban los ratos en las librerías de viejo, buscando ediciones raras de buenos libros, y aquellos otros en que él la explicaba el por qué de la elegancia de un estilo en los muebles vistos en anticuarios en busca de algo que regalar, que no fuese lo corriente, cuando ella le pedía consejo y compañía.

Indudablemente, para Carmen del Valle, la vida tenía también su campo de actividad social, y es aquí donde él fallaba. No acertaba a ver el fiel de la balanza en la cual colocaba en ambos platillos las ventajas y desventajas de Jaime.

A solas con él, la aguja no había duda que era favorable a su talento. Con otras

personas en sociedad sucedía lo contrario. Jaime se anulaba por la preocupación de conseguir una soltura mundana que estaba muy lejos de poseer.

—¡Qué falta le hacía a ella—pensaba Carmen—, alguien que la aconsejara, valorando exactamente y con perspectiva para el futuro su situación sentimental de este momento!

El coche había entrado ya en los terrenos del Real Sitio, que son como un manto verde a los pies del gran Monasterio. Poco después, la bocina, pulsada con insistencia, trajo a Juana la guardesa con las llaves de la finca en la mano.

—Buenos días, señorita Carmen—dijo mientras abría.

Entró Carmen, que colocó el vehículo junto a la casa. Al apearse dijo a Juana:

—¿Qué hay? ¿Cómo estáis todos?

—Bien, gracias, señorita—respondió la mujer—. ¿Y los señores?

Carmen sacó su pequeña maleta del coche, y entregándosela a la guardesa le dijo:

—Llévala a mi cuarto y prepárame almuerzo.

Las dos mujeres subieron la breve escalinata de la entrada de la casa. Abrió Juana con una de las llaves que llevaba en la mano, y al entrar Carmen exclamó:

—Está más templado fuera que dentro. Enciende la chimenea. Tras una pausa, añadió:

—Cuando tengas mi almuerzo preparado me lo sirves fuera.

Carmen cogió una silla de lona, unas revistas viejas que había sobre una estantería y salió a la explanada ante la casa, donde se instaló perezosamente y se entretuvo en la contemplación de la lejana mole de piedra que se recortaba en el azul claro del mediodía.

Sin pensar en nada permaneció un gran rato. El paisaje tenía avaricia de ojos y Carmen se sentía ajena a todo ante la caricia suave del aire de la Sierra. Juana apareció en el quicio de la puerta, y con el apresuramiento que da el teléfono cuando llama en conferencia, gritó:

—Señorita, el teléfono, que llaman de Madrid.

Era Jaime. Con la voz más apasionada que nunca, decía:

—He llamado a tu casa y me han dicho que estabas ahí. Sé por qué te has ido. Comprende que en esto eres injusta. Estábamos citados esta tarde y, sin avisarme, sales de Madrid, probablemente para más de un día. Vuelve, Carmen, yo te lo suplico. Sé lo que te molesta de mí y estoy decidido a corregirlo. Pero, por favor, ayúdame tú. Podemos ayudarnos mutuamente. ¿Por qué no lo hacemos? Te aseguro que seré un discípulo que recogerá con todo interés tus lecciones. Vuelve, Carmen.

Mientras habló Jaime se sentía avergonzada. No era razonable haberse marchado de esta manera. Si Jaime podía haber aprendido tantas cosas, ¿por qué no iba a saber hacer lo que tanto estúpido y frívolo realiza a la perfección?

Sintió deseos de sincerarse con él y darle un sinnúmero de explicaciones, pero prefirió terminar la conferencia telefónica con estas palabras:

—Bien, Jaime. A las seis y media ven a recogerme a casa y merendaremos juntos. ¡Hasta luego!

El timbre del teléfono que señalaba el fin de la conversación, se le antojó como si un oyente amigo e invisible la aplaudiera gozoso.

ANTONIO
DE LAS HERAS

